

CONFESIÓN DESDE LA CÁRCEL

Me llamo Mario René López García, tengo 23 años y cumplo condena de 50 años en "el infierno", la cárcel de máxima seguridad de Escuintla (Guatemala), por asesinato continuado. Como se dan cuenta soy algo joven y me cuesta un poco contarles mi vida, pero confío que estas palabras ayuden a alguien a reflexionar antes de actuar.

En el bajo mundo me conocen como "el Chino". Vivía en el barrio La Limonada, una de las zonas más famosas por su violencia de la capital. Desde muy pequeño conocí la violencia y vi como asaltaban a las personas que no eran de allí.

Saqué toda la primaria en el Colegio Padre Betanzos, donde fui celador de la Virgen María. Cuando ingresé en el Liceo Mercantil empecé a conocer la capiusa (faltar a clases), aunque logré sacar mi primero y segundo básico.

Me la pasaba en el Centro Comercial Capítol jugando maquinitas, pero cuando se nos acababa el dinero empezamos a robarle a los estudiantes de otros colegios. Robábamos bolsones, cadenas, gorras, todo cuanto fuera vendible. Al principio era sólo para jugar a las maquinitas, pero después se convirtió en un hábito el robar. En cierta oportunidad un joven que no quiso darme el reloj corrió con la mala suerte de salir puyado con un cuchillo de carnicero. Ya no pude seguir estudiando y dejé que pasara ese año.

El año siguiente ingresé al Instituto Central donde ya era popular por aquel joven que había puyado. Fue así cómo volví a las andadas, lo único que ahora lo hacía en grupo de 20 o 30 personas. Asaltábamos a quien se nos pusiera enfrente, sin distinguir color, edad o sexo. Junto con nosotros andaban jovencitas de otros institutos. Una de ellas, que se hacía llamar "Loty", era especial, pero tenía un defecto, el ser muy ambiciosa, pues siempre cargaba mucho dinero. Nos hicimos novios y durante casi un año me regalaba ropa cara, zapatos,- etc. Nunca le pregunté de dónde sacaba el dinero, pero un día me dijo que robaba carros (automóviles). Me presentó a un primo suyo el cual me dijo si quería empezar a robar carros. Recuerdo que por mi primer carro pedido me tocaron Q. 3000 (Quetzales), ya que lo vendimos por 12.000. Fue entonces que empecé a brillar en el mundo de los carros robados. Éramos cuatro, dos mujeres y dos hombres, nos dedicábamos a buscar los vehículos que nos eran pedidos. Todo fue bien hasta que un día me tocó quitar una camionetilla Toyota Epi, pero a la hora de salir huyendo con la camionetilla fui visto por una patrulla que pasaba por el lugar y fui capturado. Siendo menor de edad, estuve unos 15 días en el Centro, después fui conducido al correccional de menores conocido como "regreso", más tarde fui llevado a otro correccional más amplio y estricto durante 45 días, hasta que recobré la libertad.

En ese tiempo no me visitó ninguno de aquellos que yo creía mis amigos. Por eso, al salir ya no los busqué. Me quedaba un dinero que había guardado con un primo y con eso empecé a tomar licor hasta que me quedé sin nada.

Empecé a juntarme con personas que tienen problemas con todo el mundo y empecé a meterme en problemas. Un día unos jóvenes nos dispararon e



hirieron a un compañero. Como nosotros carecíamos de armas de fuego, pues sólo yo tenía una escuadra super 38 de 9 tiros, empezamos a planear cómo conseguirlas. Llegamos al acuerdo de asaltar ruleteros como los de la Tabacalera Nacional, La Toledo, Pollo Rey..., todo el que llevara custodio, pues nosotros les quitábamos las armas, y entonces logramos tener 6 escopetas Maverick. Les borrábamos el número de registro con un esmeril y listo, ya teníamos escopetas recortadas, y así es como empieza otra aventura que iba a ser mi total perdición y de la cual ya no iba a salir.

Matamos al custodio de Tabacalera, porque se negó a entregarnos la escopeta, y empezamos a deshacernos de aquellos jóvenes que un día nos habían disparado. Fue entonces cuando la policía nos empezó a perseguir. Fuimos capturados cuatro, tres mayores de edad y un menor. Bueno, fuimos indagados y juzgados por doce asesinatos, robo agravado y pertrechos de guerra. Llegó el día de la sentencia y los tres mayores de edad fuimos condenados a 50 años de prisión.

De todo esto lo bueno es que Diosito tuvo misericordia de mí y hoy puedo contarles estas aventuras para que reflexionen antes de actuar, porque con la vara que medí fui medido y un poco más, pues tenía esposa y dos hijos y hoy ya no los tengo y me dolió mucho el haberlos perdido. Poco a poco voy pagando cuanto hice. Hoy en día llevo cinco años de prisión y durante este tiempo he llorado y reído, pero lo que yo más deseo está muy lejos de la realidad: mi libertad físicamente.

Aquí una persona me ha hecho sentir útil para los caminos de Dios, pues yo pensaba que Dios aborrecía a la gente como yo. Esa persona es el Padre Ángel (religioso mercedario), capellán de la cárcel, que nos acompaña, ríe con nosotros, nos aconseja, y comparte con nosotros la Palabra de Dios. Para mí es el guía en nuestro duro vivir. Por su medio doy un mensaje a quien lea estas palabras: el mal siempre será mal, lo bueno siempre será bueno. Jesucristo te quita toda maldad si le amas de corazón.

Mario René